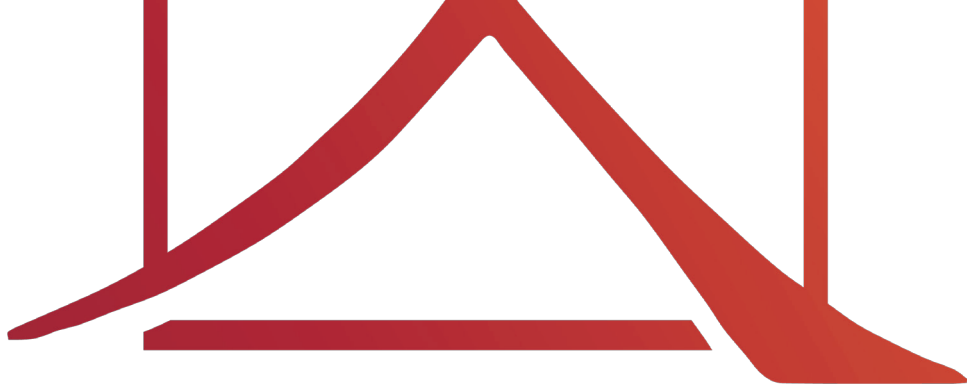




THOMAS

STEFF
CÁRDENAS
TERÁN





THOMAS

Steff Cárdenas Terán





©2023 Steff Cárdenas Terán

©2023 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, ENERO 2023

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA
©Mara Garibay
©HS

ILUSTRACIONES
©HS

ISBN DE LA OBRA
978-628-95493-0-0

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA

[ÍNDICE]

Capítulo 1	11
Capítulo 2	25
Capítulo 3	45
Capítulo 4	61
Capítulo 5	73
Capítulo 6	89
Capítulo 7	113
Capítulo 8	123
Capítulo 9	151
Capítulo 10	173
Capítulo 11	183
Capítulo 12	199
Capítulo 13	209
Capítulo 14	217
Capítulo 15	221
Capítulo 17	241
Capítulo 18	255
Epílogo	257
Epílogo 2	259
Epílogo 3	261

*A Jazz y a mi bro,
esto es tan suyo como mío, gracias.*

A mami: no leas el capítulo 5, plz.

[CAPÍTULO 1]

«WELCOME TO THE BLACK PARADE»
MY CHEMICAL ROMANCE

THOMAS a veces sueña con su mamá.

No siempre ocurre, pero de vez en vez pasa, sobre todo cuando, antes de dormir, la última canción en el reproductor de música es «Welcome to the Black Parade» de My Chemical Romance. No es que a su mamá le gustara esa banda (quizá sí, no tiene idea, no se conocieron lo suficiente como para saber ese tipo de detalles), pero a él se la recuerda mucho.

Le gusta pensar que, un día, se tomaron de la mano y fueron a cualquier lugar, aunque fuese a un funeral o a la presentación de una banda de marcha; seguro que él hubiera encontrado la manera de ver algo dulce en ese recuerdo. No obstante, la única memoria nítida que Thomas Góngora tiene de su madre es el reflejo de la luz del sol que, por breves segundos, iluminó el cabello de la mujer antes de que la puerta se cerrara para nunca más abrirse de nuevo.

Aun ahora, casi quince años después, la puerta permanece cerrada. Él nunca ha querido abrirla, es decisión de ella mantenerla así.

Con el pasar del tiempo, ha sanado esa herida, ha dejado de culparse y preguntar por qué.

El hambre en su estómago, el ruidito de las llantas de su maleta que era arrastrada por el pasillo del edificio donde vivían en

aquel momento y la angustiada sensación premonitória de que los pequeños y humildes instantes de felicidad a su lado se habían acabado es todo lo que acarrea en eso que algunos psicólogos llaman «heridas emocionales», aumentado por una autoestima que a veces parece frágil y otras fuerte.

De allí nace esa actitud que a mucha gente le parece absurda y a otros tantos los atrae.

Su padre no estuvo en aquel momento en que las heridas surgieron. El señor Góngora trabajaba de las seis de la mañana a las cuatro de la tarde en una construcción cercana; iba a comer a la una para volver a trabajar; a veces, pasaba la noche en la obra negra para cuidar el material. Hacían un centro comercial en la zona y les permitían vivir en los edificios vacíos, que eran de los mismos dueños donde trabajaban. Si Thomas lo pensaba detenidamente, en retrospectiva, no podía juzgar a su madre: él también hubiera hecho sus maletas a la brevedad y se hubiera largado de allí; una vida itinerante y con espasmos de normalidad no era una vida después de todo.

Ser pobre o rico jamás le había importado de niño, solo cuando fue un poco mayor, y se le quitó al conocer a Ginger y a Andrés.

Eso sí que lo recuerda de ella: «Hay que ser menos humanos y más nosotros mismos».

Cuando era pequeño, siempre se preguntaba a qué se refería ella con esa frase que solía repetirle hasta el cansancio, y un día llegó a la conclusión de que tenía que ver con «autenticidad». Y, sin quererlo o saberlo, él había lastimado a mucha gente al querer ser auténtico, probablemente en un desesperado intento por mostrarle a su madre que había logrado por sí mismo ser más «él» y menos mierda que ella. Había pasado sobre todos aquellos que tenían intenciones de acercarse y, de esa manera, mantenerse menos humano para no sentir dolor y más él para ser feliz. ¿Egoísta?, quizá. Tampoco quería que todos lo amaran, era su punto.

Al final del día, muchas cosas le recordaban a su madre, y él sigue sin tenerla.

Su madre le recuerda a un poema francés, uno melancólico y lleno de tragedia que todo el mundo conoce, pero que nadie se lo sabe completo; siempre está fragmentado en la memoria del colectivo, en la boca del público general, reservado solo para gente culta.

Thomas no conoce ninguno, pero está seguro de que debe de haber un poema así. Siempre se dice que lo buscará para aprenderlo, pero su cabeza suele llenarse de tantas otras cosas que lo olvida por completo. Prefiere ocupar su cabeza en el presente, en lo que tiene delante para no perder su futuro y disfrutar cuando mire hacia su pasado.

Y, justamente, lo que tiene al frente es un oficial de policía que lo observa con la misma atención que un niño al regalo de navidad bajo el árbol.

¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—¿Y? —pregunta el oficial cruzándose de brazos y acentuando la pronunciación.

Thomas suspira profundamente mientras vuelve sus ojos hacia la esquina, donde había pasado los últimos diez minutos perdido.

—Ya le dije... Si hubiera querido matar a alguien, lo mato y ya. ¿Qué mamada es esa de «intento de homicidio»? Por dios... —gruñe bajito.

¿Qué si no le asusta la situación?

Claro que no, no es la primera vez que es arrestado (duda mucho de que sea la última), aunque el motivo por el cual lo llevaron detenido es quizá la cosa más grave que jamás ha hecho o, por lo menos, que le han acusado de hacer.

Se sonríe al ver las fotografías sobre la mesa, no porque disfrute lo que ve, sino porque no puede evitar recordar lo asustado que estuvieron en ese instante en que todo pasó.

—Mira, mariconcito...

Las palabras son como un cortocircuito en el pequeño lapso de buen humor que tuvo. Thomas mira con intensidad al policía.

—A ver, *comme d'habitude*, los policías siendo mierdas... Trátame bien, que no sabes con quién te estás metiendo —advierete

y el uniformado suelta una alegre carcajada porque va a disfrutar ver cómo los drogadictos que detuvieron por la noche le meten la reata al maricón ese apenas lo lleven a los separos, porque los pendejos esos solo ven un hoyo y quieren remojar la brocha.

—¿Sabes qué creo? —El oficial se acerca a él. Thomas no aparta el rostro, aunque lo arruga por la peste a cigarro; el aroma a tabaco está bien cuando él lo lleva, no cuando un prepotente le está escupiéndolo al rostro—. Que tienes el culo flojo... Aquí no importa a quién se la hayas mamado, aquí lo que importa es que casi matas a uno de los hombres más ricos de la ciudad... ¿Y sabes qué? —Toma el rostro de Thomas, mismo que cabe en su mano, y apachurra sus mejillas—. Me la pelas tú y tu pinche palanquita... ¿De quién eres «ahijado»? ¿O a quién se la mamás para que te sientas tan pinche cabrón? Aquí valen madre tus contactos... Aquí me vale madre... Aquí te chingas, *maricón* —escupe la última palabra con odio.

Thomas aguanta.

La última vez que le escupió (literalmente) a un oficial, las cosas se complicaron un montón, y la vez que le pateó las pelotas a otro, fue casi imposible proceder con el protocolo jurídico. Así que solo aprieta sus puños con rabia. No le molesta que le digan «joto» o «maricón», que «se la mama a alguien» o que «tiene flojo el culo» (no lo va a negar, apenas la anterior noche le hacían una doble penetración). Lo que le molesta es la amenaza. ¿Que se la pelan? ¿A él? Sonríe suavemente y entrecierra la mirada.

El bastardo dejó el bolígrafo en la mesa. Thomas tiene las manos esposadas, pero fácilmente puede coger la pluma y enterrársela en un ojo; el sujeto se lo merece, y hasta le darían una medalla por mérito cívico. Sin embargo, se aguanta porque lo único que quiere es que ya lo saquen de ahí para ir a casa y ver que todo esté bien.

—A ver, pinche maricón: apúrate y firma —ordena el oficial. Thomas agarra aire: en vez de clavarle el bolígrafo en el ojo, se lo va a clavar en la arteria de su gordo cuello, como le enseñó su prima. No obstante, sigue conteniéndose.

—Alfredo, ya, wey... No mames, ya —interviene por fin el otro oficial que está ahí con ellos. Empuja a Alfredo hacia el otro lado.

—Es que estos maricones me tienen hasta su puta madre —señala enfadado el que antes atentó contra Thomas.

—Sí, wey, pero ya... pos... ya... Déjalo ser. Que te firme esa madre y ya para irnos; va a ser pedo del juez. Me quiero ir a chingar unos tacos, wey —insiste el compañero incómodo. Ninguno de los dos se ha mostrado amable con Thomas, pero ese último que habla al menos trata de mantenerse profesional.

Thomas sospecha que en realidad es un buen policía, pero con un compañero mierda. «Se ha de creer narco el cabrón», se limita a dejarse llevar con la corriente. A veces dejarse llevar es mantenerse con vida. Es el México donde les tocó vivir, y ambos intercambian miradas rápidamente antes de volver a ver al tal Alfredo.

—Pos ya, pues —dice Alfredo mientras empuja con sus dedos el pedazo de papel que es la declaración del detenido, misma que, por supuesto, Thomas no ha dado porque él no intentó matar a nadie, era algo más peligroso y complicado que eso, pero no se iba a poner a dar explicaciones en plena comisaría, menos con un retrasado como Alfredo haciéndose cargo de la «investigación». Había muchos policías buenos en la ciudad, se preguntaba por qué le había tocado el más pendejo. Odiaba todo—. ¿Vas a firmar o no, *ma-ri-cón*? —enfatisa con todo su enojo y resentimiento hacia los homosexuales, y el fino hilo de la paciencia de Thomas se empieza a romper.

—Que lo firme tu puta madre, *chérie* —responde Thomas, cruzándose de piernas y de brazos como puede porque está espasado, y ajusta su gesto a total indiferencia a la situación.

Alfredo manda la mesita de plástico (donde ocurre el interrogatorio) contra la pared, y los papeles salen volando.

—Te voy a partir tu puta madre, cabrón, hijo de la verga —recalca furioso el oficial. Thomas se incorpora, pero es lento y Alfredo logra sujetarlo de la solapa de su chamarra para luego pegar bruscamente al detenido contra la pared.

A Thomas le crujen los huesos y los cabellos rizados saltan contra su rostro; no se queda quieto, ni siquiera se asusta porque ahora sí van a arrestarlo por asesinato con una clara justificación:

está a punto de matar a Alfredo, o al menos lo quisiera intentar de no ser porque sus pies no alcanzan el suelo, pues el policía lo alzó para golpearlo con más facilidad. Thomas es pequeño comparado con otros hombres, no fue muy agraciado en su genética, pero eso no le resta testosterona: le han jalado la cola al diablo y ahora se va a desatar el infierno.

La puerta se abre y el jefe de la estación mira el desastre: primero a Thomas al borde del llanto (Thomas llora cuando se enoja); después a Alfredo y a su pareja, quien forcejea para evitar que el otro cometa una estupidez.

Estos últimos, enseguida, se cuadran, y el que parece ser el jefe suspira cansado.

—¿Se encuentra bien, señor Góngora? —pregunta de inmediato mientras lo ayuda a incorporarse y le quita las esposas.

—No estoy bien, estoy mal. Su animal por poco me mata... Esto lo sabrá la CNDH y todos, todos mis seguidores de Instagram —dice sin guardar más las ganas asesinas que posee, que le recorren todo su cuerpo. Se acaricia las muñecas cuando es liberado.

—Le pedimos una disculpa por la confusión —comenta el jefe y Thomas frunce más el ceño; se seca las lagrimitas que se escapan mientras camina hacia la salida. Conoce el pasillo y el recorrido hasta el *lobby* de la Estancia Municipal de Infractores de la Zona del Río, pero regresa unos pasos para rayarle la madre al oficial Alfredo y pararle el dedo, doble bendición por el buen trato.

Vuelve hacia la recepción donde firma su salida con calma. Le entregan sus cosas, pero no se pone la chamarra verde con motivos morados porque la han sacado de una bolsa y, qué asco, no es salubre. Revisa que su cartera tenga sus credenciales. Saca su teléfono, que sigue apagado, y por último, las llaves de su casa. Suspira con cansancio sin escuchar lo que le dice el oficial a cargo de los separos hasta que algo llama su atención.

—Thomas. —Reconoce esa voz y alza la cabeza antes de empezar a avanzar hacia ella. Suspira aliviado, otra vez a punto de llorar (porque también llora cuando está muy feliz); ve una cara familiar y se siente como en casa.

Apresura sus pasos y se abraza al hombre que lo espera tras la barra que divide la zona de atención y la de atendidos. El hombre le corresponde y peina sus cabellos, después se aleja para verlo preocupado porque es obvio que no luce saludable.

—¿Te encuentras bien? Vine apenas escuché lo que pasó.

—No mames. —Góngora ya está llorando—. Primero estaba yo... y luego estaba... —Iba a decir nombres, pero siguen en la comisaría y es mejor quedarse callado. Se apresura para agradecer al jefe de la estación y pone sus lentes de sol sobre sus ojos, luego sale caminando con calma. Usan una puerta secundaria donde los espera un auto y Thomas sube seguido del hombre que lo ha ido a buscar. Cuando el auto avanza y pasa frente a la entrada principal de la comisaría, nota un puñado de periodistas que buscan más indicios de la noticia. Thomas suspira profundamente, reconoce que en esa ocasión sí que la han montado grande, aunque lo han disfrutado un montón. Se sonríe, pese a que tiene sus mejillas sonrojadas, y se restriega el rostro con una toallita húmeda que le han dado para enseguida limpiarse el interior de sus fosas nasales; necesita un baño y una mascarilla.

Avanzan lo suficiente como para que Thomas se relaje. Su cabeza empieza a despejarse poco a poco. Para ese momento, solo es consciente del ruido del motor, la horrible música que el conductor del auto lleva para amenizar el ambiente y de Ramiro que, a su lado, revisa el teléfono. Thomas mira sus muñecas: no hay marcas de las esposas, sin embargo, la sensación perdura.

Escucha sin atención a Ramiro dar instrucciones al chofer, que afirma en silencio.

—¿Andrés ya está mejor? —pregunta Thomas. Fueron doce horas horribles y solo quiere ver a sus personas importantes—. ¿Y Ginger?

—Ginger fue liberado anoche.

—¿Y a mí por qué hasta ahorita?! —interroga otra vez enfadado.

—Bueno, Ginger iba en calidad de testigo y tú intentaste apuñalar al policía que te detuvo... con un pasador... —explica el hombre y Thomas bufa, se cruza de brazos; el auto de vidrios

polarizados ya va por Vía Rápida y observa sin mucho interés las palmeritas que pusieron en el camellón principal de la avenida.

—No es mi culpa... Les dije que iría con ellos por mi propio pie. No tenían que esposarme y meterme a una patrulla, pude haberme ido en Uber sin tanto pedo.

—Bueno... Básicamente eras un sospechoso —difiere y Thomas solo entrecierra la mirada acusador.

—Pero ¿y Andrés? ¿Está bien? —Otra vez Thomas está angustiado.

El hombre se la piensa un poco para responder.

—Pues... sí, de hecho... estuvo inconsciente un par de minutos... —No sabe cómo decírselo, va a explotar, pero se apresura a hablar porque los ojos claritos de Thomas lo están acusando—. Mira... resulta que se desmayó, no por los amarres... sino porque... estaba cansado.

Thomas ladea el rostro.

—Ramiro... El pendejo de Andrés se quedó dormido —hace una pausa dramática—, ¿y por eso me metieron al bote acusado por intento de homicidio? —pregunta Thomas al mismo tiempo que parpadea solo una vez, como si con esa acción acentuara la seriedad con la que está hablando. Pero Ramiro conoce muy bien a Thomas, lo conoce tan bien que se piensa varias veces su respuesta.

—Sí y no.

—Chinga tu madre —murmura Thomas, cubriéndose el rostro—. Alá, Buda y Jesús... Lo mato... Te lo juro... *Ils m'ont mis en prison, où je mangeais ma tête en pensant que quelque chose lui était vraiment arrivé, ils ne m'ont pas mis à terre comme un mangeur de bite et le pire était que...* —Ha perdido a Thomas, y Ramiro suspira profundamente mientras muerde sus labios.

—Vale, vale... Es que... escúchame, Thomas... —No le grita, sin embargo, lo toma de la mano y aquello provoca que el menor se quede callado—. Mira, lo que pasa es que se relajó mucho, las cuerdas hicieron más presión, y cuando Andrés sintió que se ahogaba, se movió y las cuerdas se apretaron más; así que, cuando

tú llegaste y lo encontraste desmayado pues... básicamente sí fue por las cuerdas y...

—¡¡Qué le voy a cortar el pito!! ¡¡Te lo juro!! —vocifera y el chofer trata de ignorar todo lo que sus clientes están diciendo porque no tiene ni idea de lo que hablan, pero el chisme está bueno y le hace gracia ver al pequeñito vociferar.

Ramiro trata de calmarlo en vano, porque Thomas es como los chihuahuas y ha entrado en modo «matar»: no deja de repetir que de verdad, de verdad, ahora sí llame a la policía porque, apenas llegue a la casa, va a hacer una carnicería que hasta en un documental de History Channel va a salir. No obstante, apenas se estaciona el Uber y Thomas baja, Andrés y Ginger lo esperan en la entrada.

El malhumor de pronto se disuelve y todo su mundo, su diminuto mundo, se llena poco a poco, empujando fuera de él el mal rato, el policía pendejo y el poema incompleto que era su mamá. Las lágrimas se derraman porque tiene muchas cosas que decir y, al mismo tiempo, es imposible comprender todas las palabras que se amontonan en su cuerpo; tiene el corazón lleno de un sentimiento aplastante contra el que no puede luchar. Esa parte del mundo donde ellos esperan por él es la que le hace ser un humano. Le queda sonreír y dejarse besar, que sequen sus lágrimas, y sus oídos se cansen de oír lo mucho que ha sido extrañado.

Las noticias hablan sobre el presunto intento de homicidio que un importante empresario de la ciudad sufrió. «Estrangulamiento», dicen. Y aunque se repite la información varias veces, no explican quién fue, cuáles fueron los motivos o cuál es el estado de salud del empresario. De hecho, Andrés aprovecha la controversia y toda la cortina de humo que le provee el presunto ataque para tomarse unos días de descanso. Pero el gusto le dura apenas una semana, porque casi de inmediato es olvidada la situación y, aunque ha recibido un montón de llamadas telefónicas, mensajes y correos electrónicos preguntando por su estado de salud a la espera de sa-

ber más noticias por su parte, un día decide que es momento de volver al trabajo sin mencionar nada más; hay suficiente recurso como para evadir los noticieros, y los reporteros que buscan la nota simplemente dejan de hacerlo de un día para otro, cuando reciben una demanda por invasión a la vida privada. La fiscalía dio por terminada la investigación con los presuntos responsables tras las rejas, pero por «seguridad» no se dan más datos, todo queda en chismes de nota amarilla que enseguida son reemplazados por la amante que le encontraron a un político de la ciudad, y otra vez el ojo público tiene con qué entretenerse.

Todo rastro de la situación parece haberse disuelto como un terrón de azúcar que ha desaparecido en el agua. No obstante, las marcas en su cuello siguen ahí, no se han borrado, y aunque muchos desearían que ya no existieran, Andrés quiere que sigan presentes en su piel. Le excitan, es la realidad, y tendrá que lidiar con eso, con un apetito consecuente de un deseo que nació en él desde que era joven debido a las personas que justamente le han hecho aquellas quemaduras.

Suspira profundamente. La camisa de vestir azul que se ha puesto para ir a trabajar no le cubre del todo; le da igual que sus empleados noten algo, el problema es cuando él lo haga por el rabillo del ojo, por alguna ventana: recordará la presión, la respiración entrecortada, el pulso acelerado, su hombría llenarse de adrenalina. Ajusta su corbata y languidece por la sensación que queda rezagada.

El día del incidente llega con claridad a su memoria: Ginger, Thomas y él habían acordado una de sus usuales escapadas. Arrendaron un Airbnb con una dramática vista hacia el hipódromo de la ciudad para aprovechar que Thomas había comprado un increíble lazo de cáñamo por internet y este llegó en la semana. Ginger le dio un buen tratamiento para suavizar la rigurosa textura, pero le había dejado un punto especialmente rígido y con una ligera aspereza en la funda que, ante el roce, no iba a hacer más que arrastrarlo lentamente hacia el placer. Y todo hubiera ido según los planes de no ser porque él, agotado por el trabajo, y por culpa del relajamiento de

su cuerpo, de su mente y su espíritu en plena suspensión, perdió el sentido por dos segundos, dos segundos en los que Thomas fue por el teléfono que sonaba. Nunca había pasado nada grave hasta ese instante en que Andrés despertó de golpe y, suspendido, sintió que la cuerda lo estaba ahogando; y sin más, empezó a moverse, asfixiándose a sí mismo.

Cuando Thomas regresó, unos segundos después, lo encontró totalmente inconsciente; le sacó las cuerdas mientras llamaba a emergencias. No solo los paramédicos llegaron, sino también la policía y Ginger, y se hizo una gran escena.

Se llevaron detenido a Thomas por intento de homicidio, pues, según los vecinos, habían visto llegar a Andrés solo, por lo cual, los policías supusieron que Thomas se había colado en el lugar para matar a Andrés mientras este tomaba un baño. Difícil sería para Ginger explicar que en realidad habían interrumpido una sesión de *shibari* erótico que, seguramente pasados los minutos, se iba a convertir en pleno y lleno *bondage*, pero la gente no está preparada para ello, y Ginger se limitó a declarar que Thomas y Andrés son amigos. Sí: amigos; aunque tuvieran casi toda su vida viviendo juntos, ellos deben seguir presentándose como «amigos».

La sociedad es una mierda, y Andrés es imagen pública.

Este despertó minutos después, ni siquiera necesitó resucitación, aunque fue al hospital porque había permanecido inconsciente y tenía horribles marcas en el cuello y otras muy leves en diferentes partes del cuerpo, ya que había usado su traje —a Thomas, a diferencia de Ginger, le fascina ver los nudos en el cuerpo de Andrés mientras viste su costoso traje; es como una manera de sentir mayor poder sobre la figura de autoridad que supone la vestimenta; es excitante, fascinante—.

Andrés traga saliva y se deshace la corbata porque le ha quedado chueca. Vuelve a atarla con todo el cuidado del mundo, y ahora son las manos de Thomas las que aparecen de pronto abrazándolo por la cintura mientras lo mira en el espejo.

—¿Te ayudo? —susurra el de cabellos rizados mientras bosteza cubriéndose la boca con el antebrazo.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —cuestiona curioso y sonriente. Deja que el menor haga el trabajo de atarle la corbata.

—Tengo Seminario de investigación —explica Thomas y se posa frente al mayor—. Cuidado, me han acusado de intento de asesinato por ahorcamiento. —Juega con sus cejas y Andrés se ríe—. ¿Estás mejor? —pregunta sin mirarlo al rostro, y sus dedos son rápidos para hacerle un *trinity* con facilidad, pues la mayor destreza de Thomas está en hacer nudos; sonrío cuando lo ajusta y después intercambian miradas.

—Ya me intentaron asesinar y sobreviví —bromea apenas se agacha para besarlo, pero Thomas se aleja un poco. Andrés lo mira fijamente y este le regala una mirada cargada; el de cabello rizado no sonrío, sin embargo, tira de la corbata para acercarlo a él. Andrés le lleva media cabeza de altura, pero se deja hacer. Aunque el jalón es lo suficientemente fuerte como para que comprenda que se debe de poner de rodillas, la caída la hace más dramática de lo que realmente es, pero es parte de su dinámica, y Thomas sigue serio, sosteniendo la corbata ajena.

—Muéstrate —ordena con firmeza y la atmósfera de pronto cambia—. No arruines mi bonito trabajo con tu corbata...

Andrés lo ve desde el suelo donde está hincado. No pasan ni dos segundos antes de que empiece a desabrochar lentamente su camisa desde el tercer botón hacia abajo, y quedan abrochados el primero y el segundo para aguantar el nudo de la corbata. Se muestra la piel clara del empresario que tiene algunas quemaduras y constancias de besos violentos, pero hechos con mucho amor. Thomas reconoce ahí su boca, y una energía electromagnética le curte la piel; por eso y por algo más: quería verlo antes de que el empresario se fuera a trabajar. Los dedos de Andrés abren la camisa de lado a lado, tiemblan ligeramente, y se siente endurecer en sus pantalones por la mirada dura y perversa que Thomas le está regalando; este suelta la corbata y, con su pie descalzo, acaricia la entrepierna, aunque no alcanza a presionar el miembro ajeno por la tensión de la fina tela gabardina con la que está hecha

el pantalón, pero sí que toca. Tira de unas delgadas cuerdas MFP que cruzan por el cuerpo del hombre por todo el tórax.

—Eres todo un caso: un sucio y lascivo perro que solo quiere ser atado y dominado por su amo, ¿verdad? —Thomas se agacha y jala un poco de uno de los cruces de las cuerdas que bajan hacia la entrepierna—. ¿Quieres exhibirte así frente a tus empleados? ¿Qué dirían? —pregunta mientras se sienta sobre el hombre y se restriega lentamente. La pijama de Thomas es delgada y es capaz de sentir el relieve endurecido de la entrepierna ajena, que seguramente está apretado por aquel bello trabajo *shibari* que se ha hecho Andrés a sí mismo. Besa su boca como recompensa.

—Thomas. —La puerta se abre y Ginger suspira desde el marco—. Dejen de jugar los dos, ya es hora de que tú te bañes y tú bajes a desayunar. —Lleva un alegre mandil con un cactus en la parte inferior—. Apúrense —ordena enfático, aunque sonriendo—. Oye, te quedó *sexy* ese cruce. —Entra a la habitación para ver con ojos de experto los cruces, los nudos... Y sonrío—. Dense prisa, ya —insiste para bajar a la cocina.

Thomas suspira mientras ve la puerta abierta, luego mira a Andrés y besa sus labios superficialmente.

—Le seguimos después, aunque la siguiente trata de no quedarte dormido —le advierte y enseguida se incorpora para ir hasta su propia pieza y apresurarse tal como pidió Ginger.





contacto@taikaeditorial.com

¡Descarga Taika APP y lee
la versión ebook!

